

# RESPONSABILIDAD SOCIAL DE LAS UNIVERSIDADES DE NUESTRA AMÉRICA\*

GUSTAVO GARCÍA DE PAREDES

Presidente de la Unión de Universidades de América Latina y el Caribe, rector  
de la Universidad de Panamá.

Podríamos iniciar esta charla como se inician los cuentos de hadas, y decir: Había una vez, en una época no tan lejana, que las universidades monopolizaban el manejo del conocimiento. La mayoría de las investigaciones estaban a cargo de estos centros de enseñanza y el producto de sus esfuerzos incidía decisivamente en el desarrollo de los países. Pero de la noche a la mañana dejó de ser así.

La tendencia actual es que la vanguardia tecnológica esté en manos de las grandes empresas, y que la investigación sea un negocio de incalculables sumas de dinero y recursos.

Hoy las leyes del mercado no dejan títere con cabeza, la tendencia darvinista recupera los espacios que la lucha social les arrebatara en algún momento. El pragmatismo comercial y los criterios de competitividad que la sustentan arrebatan a las universidades territorios en el cual alguna vez reinaron. Despojadas y atrapadas en los sortilegios de la burocracia, ahora se ven obligadas a desempeñar papeles subalternos en el terreno de la investigación aplicada.

En el Primer Mundo, donde la abundancia bien podría justificarlo todo, es natural que las tendencias corporativas, industriales y comerciales se impongan.

En Latinoamérica, cuyas causas habría que analizar, las universidades (con raras excepciones) nunca gozaron

de la confianza de los gobiernos; y éstos últimos (los gobiernos) optaron por crear instituciones de investigación paralelos. Se argumentó que la regencia directa de estas estructuras estatales de investigación, bajo la supervisión directa de los ministerios, serían soportes más eficaces, estables y productivos.

Muchas universidades, por razones aun más pueriles, como estar a merced de la politiquería criolla, se han ido marginado de los avances científicos y tecnológicos. Internamente procuran crear sistemas que les permiten captar información con fines puramente academicistas. Pero en la mayoría de los casos dejan de ser actoras de primera fila.

Todo parece indicar que las universidades son nichos creados con el propósito de adaptar la información a los sistemas educativos vigentes y, en el mejor de los casos, difundirla con el rimbombante mote de tecnología nacionalizada. Pero no dejan de ser copias al carbón, xerocopias, ayunas de originalidad, sin ningún afán trascendente.

Creo, sin embargo, que no todo está perdido. Las universidades de la región todavía tienen la posibilidad de hacerse útiles y necesarias si sus expectativas docentes, científicas y extensivas se vinculan directamente a la estrategia de desarrollo nacional. Es cuestión de convertirlas

en herramientas de los procesos productivos y vincularlas a las agencias del Estado, a la actividad empresarial y comunitaria.

En el siglo XXI, específicamente en el Tercer Mundo, ésta es una vía probable y comprobable. La *Universidad-Empresa*, por ejemplo, apunta en esa dirección. La relación que se establezca a través de esta figura tiene que contemplar ganancias para la universidad, el Estado y la empresa privada; pero también, y sobre todo, para los sectores marginales y excluidos. Porque sin compartir deberes, derechos y beneficios entre las universidades, el Estado, la empresa privada y la comunidad es impensable el desarrollo nacional con algún grado de coherencia y competencia.

Nada en el horizonte indica que la carga presupuestaria de las universidades del Tercer Mundo será soportada por estados en permanente crisis económica, y cada vez más dependientes de los poderes hegemónicos mundiales, empequeñecidos financiera y moralmente. No obstante, algunos fenómenos, como la pobreza, cuya existencia no necesita demostración induce a insistir, a no cejar, a abrir nuevos espacios a los sueños para que se hagan realidad.

La miseria de nuestros pueblos, sobre todo en las áreas rurales y marginadas, se revela en forma mucho más chocante si se la observa a la luz de los cambios científicos y tecnológicos. Cada vez que en el llamado Primer Mundo se produce un salto de calidad técnica la percepción es alucinante. El espacio que

se abre entre los países que tienen la iniciativa histórica y los subordinados se ensancha.

Mientras en el seno de algunos organismos internacionales se discute y negocia el destino de los pobres, los mismos pobres, ajenos por completo a estas discusiones, ajenos por completo a lo que los afecta, siguen trabajando con sus métodos arcaicos y tradicionales. Ignoran que su suerte se juega a los dados en tableros lejanos y desconocidos.

Se dice, con mucha frecuencia, que la educación es la vía más expedita para cerrar la brecha tecnológica entre los países del primer mundo con respecto a todos los demás. Afirmación inobjetable, casi como el descubrimiento del agua tibia, que merece todo nuestro respeto.

Pero semejante enunciado, por sí solo, no basta. Siempre habrá que preguntarse a renglón seguido: ¿de qué educación se habla? Y toda respuesta a esta pregunta provocará nuevas preguntas, y ensanchará las dudas que ya tenemos sobre la posibilidad de no extraviar las buenas intenciones en un laberinto de angustias y desencantos.

Desde hace mucho tiempo los pedagogos, estudiantes, empresarios y otros sectores de la sociedad entienden que los planes de estudio deben ajustarse a la demanda de conocimientos, llamados de punta. Pero, a la hora de elaborar la oferta se agudizan las contradicciones.

Muy pocos saben por dónde empezar. Cada quien, de acuerdo con su profesión o antecedentes académicos, incluso a partir de inclinaciones afines a su propia historia personal, pondera las carreras que deben promocionarse, o las asignaturas que deben agregarse o suprimirse de los currículos.

Algunos demandan la abolición de las materias llamadas "humanísticas", "artísticas" y "culturales". Sugieren que la "profesionalización" de alguna manera se inicie des-



de los niveles básicos porque, de esta manera, le ganaran la batalla a lo superfluo.

A mi juicio, la pretensión de limitar el currículo a materias de especialización en etapas tempranas podría inclinar peligrosamente la brújula del conocimiento en dirección opuesta al progreso, a desandar caminos andados, a generar carencias intelectuales en detrimento de la formación integral humana.

Es bueno recordar que esta tendencia, al ignorar las fases del desarrollo de la inteligencia (sensomotriz, pre-operacional, instintiva, de las operaciones concretas o de las operaciones formales) descritas por psicopedagogos como Gian Piaget, podría desnaturalizar el propósito humanizador-formador de la escuela.

Vivimos épocas de cambio. La oferta académica de hoy, además de preservar y propagar el conocimiento, debe reciclarlo y crearlo diariamente -valga el símil- como se hace con las páginas de la WEB.

La oferta de conocimientos debe supeditar la inmediatez de los contenidos por los contenidos de lo mediato. Más que enseñar, debe enseñar a razonar. Educar no sólo para que el individuo asimile la información dada sino para que la procese, la someta a la crítica del juicio y sea capaz de prever la dinámica del cambio que todo conocimiento lleva en sus entrañas.

Estoy convencido de que sin planteamientos filosóficos sustantivos que orienten los currículos universitarios, cuyo eje sea la preparación del ser humano para toda la vida, estaríamos creando una nueva Torre de Babel en el universo pedagógico de la post modernidad, lo que podría provocar el nacimiento de una raza de barbarie informada, o la creación de ejércitos de analfabetos ilustrados.

Por eso insisto en ello una y otra vez: todo sistema de enseñanza debe concebirse como una vía hábil para reformar sus propios fundamentos en forma constante y sostenida, para entender la esencia cambiante del conocimiento humano, para permitir ajustes inmediatos o introducir cambios curriculares según los avances científicos y tecnológicos.

Si el sistema simplemente *informa* y no *forma*, el profesional carecerá de las herramientas conceptuales que le permitiría asimilar los cambios, entenderlos y ajustarse a los nuevos contenidos. No debemos olvidar que el *informado* rechaza toda novedad. Mientras que el *formado* las entiende, las acepta naturalmente y contribuye a renovarla.

El individuo *formado* es aquel que puede convertirse en eslabón de la educación continua y del progreso social. Siempre estará mejor preparado para sobrevivir profesionalmente y jugar roles protagónicos en una sociedad en la cual lo único permanente es el cambio.

Por esa razón creo que la especialización profesional debe darse después de que el sujeto haya adquirido y desarrollado las herramientas que le permitan, en primer lugar, pensar. Que le permitan transitar del pensamiento concreto al pensamiento abstracto, sin lo cual tendría muchas dificultades para profesionalizarse integralmente y adaptarse a las mudanzas del tiempo. La lengua materna, la matemática, el lenguaje de las ciencias y las artes pertenecen al tipo de herramientas por el que abogamos.

En esa misma línea de pensamiento, al enlazar ambos conceptos -pobreza y educación- es posible tomar distancia de la metafísica y entrar de lleno en el plano de lo que es importante para todos los seres vivos, y particularmente para los humanos: la vida, la supervivencia.

De lo que se infiere, entonces, es que los procesos de enseñanza aprendizaje tienen, como uno de sus fines, incrementar las capacidades humanas en las áreas productivas.

No tengo ninguna a razón para objetar algunas líneas históricamente establecidas, vinculadas a la supervivencia, al desarrollo, a la actividad productiva. Pero, sin duda, ese sesgo de nuestra economía también refleja distorsiones, como, por ejemplo, rezagos endémicos en la actividad agropecuaria, dependencia alimentaria, marginalidad estructural y exclusión comunitaria.

En otras palabras, la existencia de un entorno de pobreza, al que defino *grosso modo* como un sistema de vida de acumulación y carencias; validado social, cultural y

moralmente por la costumbre y las instituciones; tan arraigado en la psique colectiva que hasta los más afectados oponen resistencia a los cambios que los favorecen.

Por eso, a pesar de la euforia que provoca en algunos círculos la Era del Conocimiento (a la que tampoco descalifico, sino todo lo contrario, pondero en su justa dimensión) pienso, a contracorriente, que la clave del desarrollo humano debe cimentarse en la explotación respetuosa de los recursos de la tierra.

Incorporémonos pues al universo de las comunicaciones y la informática, saquemos provecho de las tecnologías digitales, no desperdiciemos la oportunidad que nos brinda la red de satélites que circunvala la Tierra.

Pero eso no debe inducirnos a olvidar que la relación de los seres humanos con la naturaleza, en términos simbióticos y armoniosos, sin las costosas trasgresiones de sus reglas, se convertirá en el reto de las próximas generaciones.

Creo que el turismo es bueno. Creo que las inversiones inmobiliarias ayudan. Creo que abrir las playas, los bosques y montañas a los viajeros del mundo podría no estorbar si se enmarcan dentro de una estrategia planificada y no se hace a la bulla de los cocos. Pero también creo que es necesario que los gobiernos de nuestra América sigan considerando la producción agroindustrial como uno de los factores estratégicos del desarrollo nacional.

Es muy peligroso abandonar el campo por prestar oídos a los cantos de sirena. La peregrina idea de que en una sociedad globalizada lo mejor es que la producción de alimentos deba dejarse a los más eficientes, a los más capaces, a los que controlan los recursos tecnológicos, y dedicarse a otras cosas -al turismo, a la artesanía, por ejemplo- entraña peligros inimaginables.

También hay que buscar la eficiencia en la producción agropecuaria como garantía de independencia nacional y de supervivencia!

Y digo esto porque la alimentación hará crisis a nivel planetario y cada país terminará por enfrentar sus propias demandas. El día menos pensado quienes dependan de la producción foránea terminarán comiéndose las sobras.

Desarrollarán una economía que, sin ánimos de ofender a nadie, identifico como “carroñera”. Por ello es fundamental mejorar y mantener las estructuras productivas nacionales en perfecto estado.

En mi modesta opinión no existe peor servidumbre que la que provoca la dependencia alimenticia. Y el perfil del sistema educativo, sea cual fuere, en el país que fuere, debe considerar como prioridad la soberanía alimentaria, con el fin de evitar sorpresas apocalípticas en el futuro inmediato.

Debo confesar que no resulta fácil a las universidades oficiales introducir estas ideas de cambio en consideración de las demandas de desarrollo del país, dado que ellas, como instituciones, reflejan las estructuras establecidas.

Me explico mejor con un ejemplo: en las universidades oficiales se contratan “profesores regulares”, docentes que ganan sus cátedras por concurso y, debido a ese mecanismo, adquieren permanencia. ¿Qué significa “permanencia”, significa estabilidad, por no llamar eternidad. Es un mecanismo creado con la intención de garantizar libertad de cátedra y evitar abusos por parte de los poderes constituidos.

Pero esta “conquista”, al evolucionar en forma perversa, puede dar refugio a la mediocridad, y rebajar la calidad y productividad académica. ¿Y por qué ocurre esto? Porque los profesores, al adquirir inamovilidad legal son dados a desdeñar los desafíos del desarrollo. Dejan de estudiar. Dejan de perfeccionarse. No tienen la obligación de investigar. Les importa un comino la excelencia académica. En América Latina la estabilidad es sinónimo de impunidad. Y la impunidad es inmanejable y alérgica al cambio.

Algunas carreras, por ejemplo, han saturado el mercado y no pueden retirarse del *pensum* porque el catedrático ha sido incapaz de ampliar sus conocimientos en otros campos del saber. Y hay que garantizársele trabajo porque tiene los más honrosos de todos los privilegios: “permanencia” y “estabilidad”. Y ¿cuál es el resultado?

Sostener un sistema educativo caduco, simplemente para evitar el desempleo.

Demás está recordarles que si en plazos perentorios los docentes no llenaren los requisitos establecidos por una inevitable apertura de los mercados del conocimiento, indefectiblemente serán abandonados a su suerte. No tendría nada de particular si la anunciada catástrofe se redujera a la esfera individual. El problema es que podrían arrastrar tras de sí a las instituciones erigidas para ayudar a construir el estado nacional democrático, participativo e incluyente reclamado por los países del Tercer Mundo.

En el llamado viejo continente las autonomías y barreras autonómicas se han borrado porque las universidades están ensambladas a las estrategias de desarrollo económico y social de los estados. Las integran en un sistema único con el objeto de evitar duplicación de gastos y esfuerzos. Lo sistémico se impone sobre lo fragmentario. Con mucha más razón deberían hacerlo las instituciones establecidas en las regiones incorporadas a la aldea global con retraso.

Es fácil deducir que los países hegemónicos -cuyas universidades son tratadas como las niñas bonitas del sistema- desean desarticular la competencia y condenarnos a seguir siendo productores de materia prima.

Los países pobres, según esta visión, deben seguir haciendo el trabajo sucio: sacar petróleo, cosechar guineo, coser camisas, preparar expertos en cosecha de cítricos, entrenar barre-calles, emigrar al Primer Mundo a limpiar letrinas.

En cambio, los procesos finales de la alta producción, vinculados al refinamiento y comercialización, están reservados a las transnacionales del Primer Mundo.

No es casual, pues, la coincidencia estratégica de algunos gobiernos del Tercer Mundo y las financieras internacionales en relación con la disminución de apoyo a la educación superior. La misma UNESCO, en una reunión celebrada en Cádiz, a raíz de la incorporación de nuevos socios en capacidad de aportar capital, ha sido permeada por estas corrientes vinculadas al neoliberalismo.



Estas universidades también ocupan el ciberespacio, entran directamente a los hogares, info-plazas y centros de trabajo a través de Internet. ¿Cómo las medianas y grandes universidades podrían competir, en el futuro inmediato, con universidades a domicilio, manejadas por control remoto? Una de las respuestas es: haciendo lo mismo, educar a distancia, lo que sin duda haremos en el futuro cercano.

Otra de las posibles respuestas, vinculada al problema del financiamiento, es la autogestión. Si las universidades no evolucionan como empresas, si no desarrollan espíritu corporativo, sus posibilidades de sobrevivir serán muy remotas.

Las universidades tienen otros recursos y esos recursos deben capitalizarse. La inteligencia y la creatividad, entendidas como patrimonio, pueden invertirse orgánicamente, incorporarse a la actividad industrial, incluyendo la industria del conocimiento, y crear riqueza.

La Universidad de nuestra América debe reaccionar de acuerdo con las leyes de la oferta y la demanda. A sabiendas de que no podría sobrevivir únicamente del presupuesto del Estado, de los subsidios y las dádivas, tiene la obligación de buscar alternativas autogestionarias. Es, sin duda, el camino correcto.

Enfrentar la crisis de las universidades estatales, desde sus propias entrañas, es mucho mejor que aguardar el gesto misericordioso o inclemente de los poderes constituidos, locales e internacionales.

Entonces, ¿habrá alguna posibilidad de que la relación internacional de hegemonía y servidumbre cambie en algún momento? ¿Qué hacer para que nuestros países evolucionen al mismo ritmo que los países del llamado Primer Mundo? ¿Qué hacer para que no existan dos, tres, cuatro y hasta cinco países en un mismo país, uno que avanza y otros que se congelan como capas geológicas en el tiempo? ¿Qué hacer para impedir que las diferencias, se profundicen entre los que tienen mucho de todo y los que tienen mucho de nada?

Un modelo de vida sistémico sólo podrá modificarse si también se lo encara *sistémicamente*. Por eso, a mi juicio, el primer compromiso de la Universidad del siglo XXI es desentrañar las claves de su subdesarrollo, la interrelación conflictiva de los diversos entornos de supervivencia legados por la Colonia: centrista, agropecuario, marginal y excluido.

Crear conciencia y proponer, tanto en los ámbitos académicos como en los escenarios de la vida cotidiana –junto con instituciones de Estado, gremios, sindicatos, asociaciones profesionales y empresariales, productores del campo y la ciudad- estrategias encaminadas a solucionar la demanda de desarrollo integral en armonía con la naturaleza.

#### Referencia

\* Presentado en la Reunión de Virtual Educa, Zaragoza, España en julio de 2008

